

UNA MANCHA

DE
TINTA



MONTANER & SIMON ED.

El amor surge de forma inesperada. El relato se narra de un modo en el que se puede observar la forma de vida y costumbre en la Europa de finales del siglo XIX. Por una simple mancha de tinta caída en un libro, los vericuetos realizados por varios de los protagonistas para llegar á un final no siempre esperado. Es una historia narrada en primera persona, con diálogos y pensamientos que exhiben en todo momento los valores tradicionales.

Una mancha de tinta

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23. He ahí todo lo que tengo que decir de los veintitrés primeros años de mi vida. Su enumeración basta: ella marca bien su parecido común y su común monotonía.

He perdido á mis padres siendo muy joven: apenas si me acuerdo de sus rasgos fisonómicos, y no me acordaría de nuestra casa de la Chatre, si no me hubiese educado cerca de ella, casa vendida y, para el caso, muerta también. Sí, la Chatre, de sino desgraciado para mí: allí fue donde vine al mundo: el liceo de la Chatre ha devorado hasta el año decimoctavo de mi existencia. El director tenía la costumbre de decir que el colegio es una segunda familia, con lo cual he supuesto siempre que agraviaba á la primera.

Apenas bachiller, mi tío y tutor, el señor Bruto Mouillard, abogado en Bourges, me envía á París á estudiar Derecho. Paso aquí tres años. Ved lo sucedido: me he licenciado hace diez y ocho meses y he prestado en calidad de tal, según la expresión de mi tío, un juramento que me ha convertido en abogado *in pártibus*. Todos los lunes, con regularidad, voy á firmar, con otros muchos, en una lista de presente, y adquiero con ello, según parece, títulos á la confianza de la viuda y del huérfano.

Durante el curso de mis estudios jurídicos he llevado á feliz término mi licenciatura en Letras. Ahora voy tras mi título de doctor en Derecho. Mis exámenes han sido sólidos, no

brillantes: demasiado atildamiento literario: bien me lo ha dado á entender el señor Flamarán al decirme:

—Joven, la ciencia del Derecho es de carácter celoso; no admite dualismo en el corazón.

¿Dualismo en mi corazón? No lo creo; pero tampoco se lo digo al señor Mouillard, que no ha olvidado aquella calaverada mía de la licenciatura en Letras. Él funda en mí algunas esperanzas, y es natural que, á mi vez, funde yo algunas en él.

En verdad, mi pasado no es más que ése: dos pergaminos conquistados. Mi porvenir, un tercer título en perspectiva y un tío á quien heredar. ¿Puede imaginarse nada más vulgar, nada más ordinario?

Se comprende que hasta hoy, 10 de diciembre de 1884, no haya tenido nunca la tentación de tomar nota de nada. Ni un suceso, ni una crónica; y así hubiera muerto. Pero ¿quién es capaz de prever las transformaciones súbitas de la vida? ¿Quién puede predecir que esta madeja, hasta ahora tan pacíficamente devanada, no va á enredarse de repente? Hoy, después de mediodía, me ha acontecido algo grave que me ha conmovido en el primer momento, y más aún al reflexionar sobre ello. Secreta voz me dice que esta causa producirá numerosos efectos y que me encuentre en el principio de una época, o, como dicen los novelistas, en el principio de una crisis de la existencia. Me ha parecido que me debía á mí mismo el escribir memorias, y he ahí por qué acabo de comprar este cuaderno obscuro en las galerías del Odeón. Voy á consignar en él lo sucedido, con sus menores detalles, y después, si hay un después, las consecuencias que de él vayan goteando.

Gotear es la palabra apropiada, puesto que se trata de una mancha de tinta.

Apenas está seca mi mancha de tinta, y es ancha, de forma rara, y verdaderamente monstruosa, bien se la considere por su lado físico, bien se la estudie en su aspecto moral. Es algo más que un accidente: participa de la naturaleza del

atentado. En la Biblioteca Nacional fue donde la eché, y sobre... Pero no anticipemos.

Voy á trabajar con frecuencia á la Biblioteca Nacional, no á la sala pública, sino á la de los impresos, abierta únicamente á los letrados provistos de un título y de una autorización. Nunca entro en ella sin sentir una ligera impresión que tanto participa del respeto como de la vanidad satisfecha, porque allí no entra el que quiere. Antes de llegar hasta el grave ujier sentado detrás del cancel de la puerta, he necesitado pasar por delante de la habitación del conserje, quien me ha guardado el paraguas: doble protección que atestigua la majestad del lugar. El ujier me conoce y ya no me pide el pase. Es indudable que aún no soy uno de esos antiguos conocidos á los cuales sonrío, no; pero tampoco soy uno de esos novicios á los cuales exige el documento para entrar. Una inclinación suya de cabeza me introduce en el templo, y aquella inclinación quiere decir, positivamente: «Aunque algo joven, es usted de la casa: entre usted, caballero».

Y entro, y admiro siempre las vastas proporciones de la nave; la severa decoración de los muros ornados de anchos follajes; los artesonados hechos con volúmenes usuales al alcance de la mano; al areópago de bibliotecarios y de conservadores, situado allá abajo en una especie de estrado tribunicio, al extremo de la avenida, cuya alfombra mata el ruido de los pasos, y detrás, más allá aún, aquel santuario en donde trabajan los privilegiados entre los privilegiados, aquéllos que, según yo supongo, pertenecen á dos o tres Academias. A derecha e izquierda de la avenida, se ven filas de mesas y de poltronas en las cuales se dispersa, siguiendo las leyes de la fantasía convertida en hábito, la población sabia de la Biblioteca. Los hombres están en mayoría. Vistos de espaldas e inclinados, dan motivo para que uno se fije en los estragos que causa el pensamiento en los dominios del cuero cabelludo. Por alguno que otro meridional hirsuto, cuyo cabello encanece y no cae, ¡cuánto calvo, señor! Aquella superficie monda y asolada es la única que los visitantes dis-

tinguen por las lumbreras de la puerta. A fe que es ingrata. Por casualidad encuentra uno, aquí o acullá, algunas mujeres entre aquellos hombres. Jorge Sand era una de ellas. Ignoro el nombre y la ocupación de sus sucesoras; solamente he notado que llevan traje obscuro, profusión de chales y un velito espeso: siente, comprende uno que el amor está alejado de ellas o lejos de allí.

Muchos de aquellos hombres doctos vuelven la cabeza cuando yo paso y me siguen con la mirada imbécil del lector fijo aún en el pensamiento escrito y no atento á lo que ve. Después, repentinamente, les entra el remordimiento de la distracción, me encuentran fastidioso, un débil rayo de impaciencia anima su mirada, y todos vuelven á sumergirse en el volumen abierto. Pero yo he tenido tiempo de adivinar sus exclamaciones mentales:

—¡Yo estudio el origen de los gremios de artesanos!

—¡Yo el reinado de Luis XII!

—¡Yo los dialectos romanos!

—¡Yo la condición civil de las mujeres en tiempo de Tiberio!

—¡Yo, yo limo una nueva traducción de Horacio!

—¡Yo, yo fulmino un séptimo artículo acerca de la servidumbre en Rusia!

Y me parece que todos añaden:

—Y tú, ¿qué vienes á hacer aquí, púber? ¿Qué es lo que se puede escribir á tu edad? ¿Por qué turbas la paz de este sitio venerable?

—¡Ah, señores!; ¿qué es lo que yo vengo á hacer? Mi tesis de doctorado. Mi tío y antiguo tutor, el señor Bruto Mouillard, abogado en Bourges, me apremia para que concluya; me llama á la provincia, y se indigna de la lentitud con que hago la composición.

«Basta de teorías —me escribe— ¡al asunto! Pase porque aspire á obtener ese título; pero ¿qué idea te ha dado de elegir semejante tesis?».

El hecho es que el asunto de mi tesis romana ha sido artísticamente excogitado para prolongar mi permanencia en París: De los Latinos Junianos. Sí, señores, un asunto nuevo; casi imposible de dilucidar; sin ninguna correlación, próxima ni lejana, con el ejercicio de una profesión cualquiera, y sin la menor utilidad práctica. No os podéis imaginar el trabajo que me cuesta.

Verdad es que yo intercalo en mis pesquisas algunas lecturas más atrayentes, algunas visitas á las exposiciones y más de una velada al teatro. Mi tío no sabe nada de esto: para calmarlo, me cuido de renovar todos los meses mi pase de lector y de remitirle mi pase prescrito, firmado por el señor Leopoldo Delisle. Con ellos debe de haber llenado ya una caja. Y con su ingenuo corazón, el señor Mouillard admira secretamente á este sobrino, nuevo benedictino que se pasa los días en la Biblioteca Nacional, y las noches con Gayo, ocupado únicamente en los Latinos Junianos, indiferente á todo lo que no sea Latín Juniano en este París que mi tío denomina aún la Babilonia moderna. Llegaba yo, pues, esta mañana en las más laboriosas disposiciones, cuando sobrevino la desgracia. Cerca del bufete en que toman asiento los bibliotecarios hay dos pupitres en los que se redactan los boletines de petición. Yo escribía en el de la derecha, al cual viene á apoyarse la primera fila de mesas: de ahí vino todo el mal. Si yo hubiese escrito en el de la izquierda, nada hubiese ocurrido. Pero no; yo acababa de consignar, lo menos ilegiblemente posible, el título, el autor y la forma de cierto volumen referente á las antigüedades de Roma, cuando, al dejar el portaplumas, que está sujeto por una cadenita de cobre, no sé si la distracción, si la imprudencia o si la mala suerte, que es lo más probable, me hizo colocar el instrumento en equilibrio inestable sobre el borde del pupitre. Cae; escucho el ruido de la cadenita al desarrollarse; sigue cayendo, y luego se detiene en seco. El mal está hecho. La brusca sacudida de la detención ha hecho saltar de los puntos de la pluma una enorme gota de tinta, y la gota... ¡Ah!

Aún veo surgir de la sombra del pupitre á aquel hombre pequeño, blanco, delgado y furioso, exclamando:

—¡Torpe! ¡Manchar un incunable!

Me incliné. En la hoja de un infolio, cerca de una mayúscula titular, se había estampado la negra mancha de tinta. Alrededor de la esfera primitiva habían aparecido salpicaduras de todas formas, surcos, cohetes, líneas de puntos, moharras, todo lo imprevisto del caos: únase á esto la inclinación haciendo que se vaciaran las canales y que se formase un arroyo negro que se deslizaba serpenteando hasta la margen. Algunos vecinos se habían levantado y me miraban con ojos de juez de instrucción. Yo me esperaba un escándalo, y permanecía inmóvil, estúpido, murmurando palabras inútiles para la reparación del daño:





—¡Qué desgracia!... ¡Lo siento en el alma!... ¡Si yo hubiera sabido!...

El lector del incunable tampoco se movía: ambos veíamos cómo fluía la mancha. De repente, habiendo recobrado sus facultades intelectuales, escarbó con actividad febril en su cartera de tafilete; sacó de ella una hoja de papel secante y se puso á recoger la tinta con las mismas precauciones con que una hermana de la Caridad hubiese lavado una herida. Yo me aproveché de aquello para retirarme discretamente hasta la tercera fila de mesas, en donde el mozo acababa de colocar mis libros. ¡Es tan estúpido el miedo! ¿Sería posible que no diciendo nada, que desapareciendo, que ocultando la cabeza entre mis manos como un hombre agobiado por el peso de su responsabilidad, pudiera yo desarmar aquella cólera? Traté de creerlo así; pero comprendía bien que no había concluido todo. Apenas me hube sentado, levanté los ojos. Entonces distinguí, por entre mis dedos, al hombrecillo blanco que permanecía en pie y que gesticulaba junto á uno de los conservadores. Tan pronto golpeaba con el dedo índice la pieza de convicción, como me designaba volviéndose á medias, y yo adivinaba, sin oír, la aspereza de los términos que usaba contra mí. El conservador me pareció conmovido. Yo me sentía enrojecer.

«Debe de existir —pensé— una ley contra las manchas de tinta, un decreto, un reglamento, algo que proteja al incunable. Y la sanción penal debe de ser terrible, puesto que son los sabios los que la han dictado: la expulsión sin duda, amén de la multa, una multa enorme. Me parece que me

van á desvalijar aquí. Ese cuaderno que compulsan es, evidentemente, el catálogo de la venta en que fue comprado ese tesoro. Voy á tener que pagar el incunable. ¡Oh, tío Mouillard!».

A tal punto llegaba en mis tristes pensamientos, cuando un mozo de sala, al cual no había visto acercarse, me tocó en la espalda.

—El señor conservador desea hablar á usted.

Me levanté y fui. El terrible lector había ocupado de nuevo su asiento.

—¿Es usted, caballero, quien ha manchado el infolio?

—Sí, señor.

—¿No lo ha hecho usted intencionadamente?

—Seguramente que no, caballero, y deploro mucho lo ocurrido.

—Tiene usted razón en deplorarlo: el volumen es de los más raros, y la mancha también; además, no se mancha de ese modo.

Iba yo á responderle: «Cada uno mancha como puede;» pero me contuve.

—Tenga usted la bondad de dejarme nota de su nombre, profesión y domicilio.

Yo escribí: Fabián-Juan-Jaime Mouillard, abogado, calle de Rennes, 91.

—¿Es esto todo? —pregunté.

—Sí, caballero: todo, por el momento; pero le advierto que el señor Charnot está muy disgustado y que no estaría de más que le presentase usted sus excusas.

—¿El señor Charnot?

—Sí; el miembro del Instituto que leía el incunable.

—¡Bondad divina! —murmuré suspirando al volver á mi asiento—; ¡debe de ser de él de quien me ha hablado mi presidente de tesis! El señor Flamarán es de la Academia de Ciencias morales y políticas; el otro de la de Inscripciones y Bellas Letras. ¿Charnot? Sí; me suena al oído. La última vez que vi al señor Flamarán me lanzó un «mi excelente amigo

Charnot, de las Inscripciones». Son íntimos. ¡Bonita situación la mía, amenazada de no sé qué de parte de la Biblioteca, porque el conservador me ha dicho muy claramente que aquello era todo, por el momento, pero no para lo porvenir, y amenazada de un flaco servicio de la de mi presidente de tesis, por poco bilioso que sea este sabio!

Es necesario que presente mis excusas. Veamos: ¿qué le diré al señor Charnot? En realidad, á quien debiera presentárselas es al incunable. Yo no he manchado al señor Charnot: está inmaculado desde la cruz á la fecha: el borrón, las salpicaduras, todo ha sido para el incunable. Le diré: «Caballero, deploro con toda mi alma haberle distraído tan desgraciadamente de sus sabias investigaciones;» le halagará: será un poderoso lenitivo.

Iba á levantarme; pero se me anticipó el señor Charnot.

El período agudo del dolor no es el de los primeros instantes. Yo le vi avanzar más nervioso, más irritado que en el momento del accidente. Por encima de su barba enjuta y afeitada, un movimiento de cólera estiraba sus labios: su brazo temblaba contra su cartera: me lanzó una mirada trágica y pasó.

Y bien: vaya usted con Dios, señor Charnot: no se le presentan excusas á un hombre encolerizado. Las tendrá usted más tarde, cuando nos volvamos á ver..., si es que volvemos á vernos.

28 de diciembre de 1884

He ido hoy, después de mediodía, á casa del señor de Flamarán: hace ocho días que pensaba hacerlo, pero mis Latinos Junianos se encontraban en apuro inminente. Tan interesante orden de manumitidos empieza á apasionarme. Simpatía bien natural en verdad: los Latinos Junianos son pobres esclavos cuya manumisión no reconocía el antiguo de-

recho formalista de Roma, porque á sus señores les había parecido bien libertarlos de otro modo que por la vindicta, el censo o el testamento; desheredados, por consecuencia, y víctimas de la intolerancia legislativa de la orgullosa ciudad. ¿No es esto ya bastante conmovedor? Luego aparece Junio Norbano, un verdadero demócrata, cónsul de su Estado, que presenta una ley, la hace votar y les da la libertad. Ellos fueron libres gracias á él, y él vivirá gracias á ellos. En adelante, un esclavo que haya obtenido, después de beber, algunas palabras benévolas de su dueño, es Latino Juniano; que es llamado «hijo mío» en un acto público, Latino Juniano; que se encasqueta el gorro de libertad, el pileus, en el entierro de su señor, Latino Juniano; que abanica el cadáver, también Latino Juniano, por su fatiga.

¡Qué hermoso corazón el de Norbano! ¡Cómo pensaba en todo, hasta en los detalles de las pompas fúnebres, para encontrar en ellos motivos de manumisión! Y todo esto en medio de las guerras de Mario y de Sila, en las que tomaba parte. Me lo represento en una tarde de batalla, sentado delante de su tienda. Con los codos apoyados en el escudo, pensativo, fija su mirada en el esclavo que repara las mellas de su espada. Se le humedecen los ojos y murmura:

—Te preparo, ¡oh fiel Stychus!, una sorpresa agradable para cuando llegue la paz. Oirás hablar de la ley Junia Norbana: te respondo de ello.

¿No hay en lo dicho asunto bastante para un cuadro o para una estatua en un concurso del premio de Roma?

Hombre tan cuidadoso de los detalles, debió de dar un traje especial á los manumitidos especiales que creaba, porque en Roma hasta la libertad tiene su librea. ¿Cuál era aquel traje? Quizá no existiera. Cuestión es ésta que ningún texto puede esclarecerme. Pero me queda un recurso: el del señor Flamarán que tantas cosas sabe y que podría saber también ésta.

El señor Flamarán es del Mediodía, es de Marsella, según creo. No es un romanista; pero como es universal, viene

á ser lo mismo: desde muy joven se ha hecho célebre, y con justicia: hay pocos jurisconsultos que sean tan netos, tan seguros, tan correctos en su lenguaje. Enseña o instruye maravillosamente. Sus consultas son muy buscadas. Pero ¡qué servicio le han prestado los libros que no ha escrito! Ya en tiempo de nuestros tíos se cuchicheaba al oído en las aceras de la escuela:

—¿Sabéis la noticia? Flamarán va á dar á luz la segunda parte de su gran obra; se decide á publicar las lecciones de su curso: tiene en prensa un tratado que prenderá fuego á las hipotecas por sus cuatro costados; hace veinte años que trabaja en él: es una obra maestra.

Pasan los días. Nada ve la luz; nada se imprime. La reputación del señor de Flamarán se agiganta, sin embargo. ¡Extraño fenómeno! Todos conocemos el áloe del Jardín de Plantas. Cuando el áloe florece, es un acontecimiento. «Fijaos bien —dicen los tontos—, es una flor que ha necesitado veinte primaveras, veinte veranos, veinte otoños y veinte inviernos para decidirse á abrir su capullo y á desplegarse». Todo París se olvida de las rosas. Pero el caso del señor Flamarán es mucho más curioso: anunciase todos los años que va á florecer de nuevo, y no florece, y su éxito no es menos considerable. Se le cuentan las obras que hubiera podido escribir: ¡dichoso autor!

El señor de Flamarán es de la vieja escuela profesoral: es austero, y en los exámenes el terror de los examinandos. Cuando está en funciones, desconocería á su propio hijo. Nada le hace mella. Las recomendaciones resultan contraproducentes. Los pacientes más rumanos, los japoneses más auténticos, no hallan mayor benevolencia en él que los falsos tartamudos, los sordos de conveniencia o las caras convalecientes improvisadas aquella mañana. El Oriente y el Occidente son iguales para él. Los escribanos cartularios retirados, los ujieres honorarios, aspirantes perpetuos á cualquier cargo en los juzgados de paz, no tienen el don de enternecerlo, y el voluntario de un año, por más que se ponga

debajo de la toga del candidato el cuello del uniforme, no conseguirá obtener la patriótica indulgencia que se propone inspirar. Sus frases de examinador son célebres, y ha tenido bromas macabras, como lo es, por ejemplo, el siguiente apostrofe á una de sus víctimas:

—Caballero: estudia usted Derecho, y la agricultura carece de brazos.

En cuanto á mí, conquisté su favor en una circunstancia de la que me acordaré toda la vida. Celebraba mi primer examen. Hablábamos, o mejor dicho, le dejaba disertar sobre la tutela, opinando de coronilla en conformidad con sus doctas explicaciones. De pronto se interrumpe y me pregunta:

—¿Cuántas opiniones hay acerca de esto?

—Dos —le respondí.

—De las cuales una es absurda. ¿Cuál de ellas? Le plantifico á usted una R si se equivoca.

Reflexioné tres segundos, que fueron para mí tres instantes de agonía, y contesté al azar:

—La primera, caballero.

Tuve el acierto de adivinar. Éramos amigos. Por lo demás, este profesor es un excelente hombre; paternal en cuanto no se trata del honor del código ni de la fuerza de los estudios jurídicos, y de una rectitud proverbial y muy digna en la vida privada. Una vez dentro de su casa, se le puede ver en su ventana echándoles alpiste á los canarios, lo que no es, según dice, cambiar de ocupación.

Para ir á casa del señor de Flamarán, no tengo que hacer más que atravesar el Luxemburgo, camino que me gusta, el camino de los estudiantes talludos. Heme ya á su puerta.

—¿El señor de Flamarán?

La vieja que me abre, tose con seriedad. ¡Son tantos los estudiantes de primer año que, con el pretexto de ofrecerle sus respetos, importunan al señor! ¡Ofrecerle sus respetos! Se moriría si los hubiera de recibir á todos. Sin duda recono-